

apreciar en su valor los primeros síntomas del estado rábico, podrían encerrarse los más de los perros antes de que tuviesen tiempo de causar desgracias.

»Cuando la enfermedad llega al período que verdaderamente se puede llamar *rábico*, es decir, cuando se caracteriza por accesos de furor, la fisonomía del perro es terrible. Brillan sus ojos con un fulgor sombrío que inspira espanto, aunque se mire al perro á través de la reja de su jaula; allí se agita sin cesar, y á la menor excitación se precipita contra el primero que ve, lanzando su aullido característico. Muerde furioso las barras de su caseta, rompiéndose los dientes; si le presentan una varilla de madera ó de hierro, arrójase sobre ella, la coge entre sus mandíbulas y da mordiscos repetidos.

»A semejante estado de excitación sucede bien pronto una

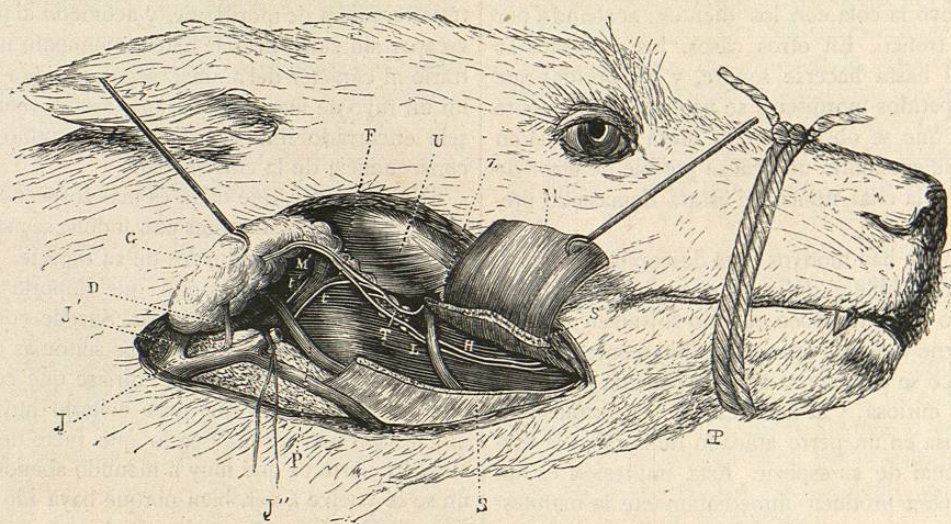


Fig. 187.—PERRO QUE TIENE LEVANTADA LA MITAD SUPERIOR DEL MUSCULO DIGÁSTRICO, CON UNA ABERTURA PARA OPERAR SOBRE LA GLANDULA SUB-MAXILAR (1)

cones del nicho. Y en efecto, se necesita menos de un minuto para que el animal enfermo se sienta poseído de un nuevo acceso y se precipite furioso sobre la víctima. Rara vez se defiende esta; generalmente no contesta á los mordiscos sino con agudos gritos, que contrastan con la rabia silenciosa del agresor; trata de ocultar su cabeza, principal blanco de los ataques, introduciéndola bajo la paja del nicho y sus patas delanteras.

»Una vez pasado este primer momento de furor, el perro rabioso hace nuevas caricias al pobre animal, seguidas bien pronto de un nuevo acceso.

»Cuando se halla libre un perro acometido de este mal, lánzase al principio hácia adelante con desembarazado paso y acomete á todos los seres vivientes que encuentra; pero con preferencia á sus semejantes; de modo que no es poca fortuna para el hombre, expuesto á las mordeduras, que haya cerca de él un perro en el cual pueda desahogar el rabioso su furor.

»El perro enfermo no anda mucho tiempo con soltura: agobiado por la fatiga que le producen sus continuas carreras, por los accesos de furor á que se ha entregado durante su marcha, por el hambre, por la sed, y por la acción propia de su enfermedad, comienza luego á desfallecer. Entonces acorta el paso y anda vacilante, con la cola pendiente, la cabeza inclinada y abierta la boca, por donde asoma su azulada lengua, llena de polvo, que le comunica un aspecto característico.

postración completa; fatigado el animal, se retira al fondo de su nicho y allí permanece algún tiempo insensible á todo cuanto puedan hacer para irritarle. Luego despierta de pronto, salta hácia delante y se ve acometido de un nuevo acceso.

»Cuando se introduce un perro en el nicho de este animal, completamente dominado por la rabia, su primer movimiento no es siempre acometer y morder, antes al contrario; en presencia de la desgraciada víctima que le entregan, manifiesta por medio de caricias, cuya significación no es dudosa, cuán terribles son los ardores que experimenta.

»Mientras duran estas manifestaciones apasionadas, la víctima tiene como el presentimiento del espantoso peligro á que se halla expuesta, y manifiesta su temor por el temblor de todo su cuerpo, tratando de ocultarse en uno de los rin-

»En tal estado, el perro es mucho menos temible que en el momento de sus primeros furiosos: si acomete á uno es porque encuentra en la línea que recorre oportunidad de desahogar su rabia; ya no está lo bastante excitado para cambiar de dirección é ir al encuentro de un hombre ó de un animal que no se hallan á su alcance.

»Bien pronto llega á tal punto su postración, que se ve obligado á detenerse: entonces se echa en las zanjas de los caminos, y allí permanece durmiendo durante largas horas. ¡Desgraciado del imprudente que no respete su sueño! El animal despierta de su sopor, y recobra á menudo bastante fuerza para morder otra vez.

(1) El músculo digástrico se levanta en su mitad superior; M, mitad anterior del músculo, levantada por una erina; M', inserción de la extremidad posterior del músculo, levantada para que se pueda ver la arteria carótida *tt'*, y los filetes simpáticos, etc.; G, glándula sub-maxilar, levantada por medio de una erina para ver su profundidad; H, conductos salivales de la sub-maxilar y de la sub-lingual; J, tronco de la vena yugular externa; J', rama cortada de la vena yugular, que pasa por detrás de la glándula; J'', rama cortada de la vena yugular, que pasa por delante de la glándula; D, ramal venoso que sale de la glándula sub-maxilar; *tt'*, arteria carótida externa acompañada de dos filetes del nervio simpático; F, origen de la arteria inferior de la glándula; P, nervio hipogloso; L, nervio lingual; T, cordón del tímpano que se distribuye en la glándula sub-maxilar; SS', músculo milo-hioidiano cortado para descubrir el nervio lingual y los conductos salivales situados por debajo; U, músculo masetero, ángulo de la mandíbula inferior; Z, origen del nervio milo-hioidiano, cuyos ramales están ocultos por los músculos digástrico y milo-hioidiano, levantados. (Bernard, *Líquidos del organismo*.)

»La parálisis es el último término de la enfermedad que pone fin á la existencia del perro rabioso.»

Parece sufrir de una manera horrible, y muere en medio de las más espantosas convulsiones, comunmente entre el sexto y octavo día, algunas veces al cuarto, y muy rara vez al noveno.

«En muchos casos, continúa Mr. Bouley, quizás el mayor número, los accidentes rábicos, que con harta frecuencia van á sembrar en la sociedad la inquietud, las angustias y la más

profunda desesperación, son debidos principalmente á que los poseedores de perros, á causa de su ignorancia respecto á esta enfermedad, no conocen los primeros fenómenos por los cuales se traduce el estado rábico del perro, estado casi siempre inofensivo al principio. Por esto no aprovechan las advertencias que les hacen sus desgraciados animales por medio de indicios seguros y fácilmente inteligibles; ni adoptan, por consiguiente, á tiempo, medidas con las cuales les sería posible evitar próximos desastres.

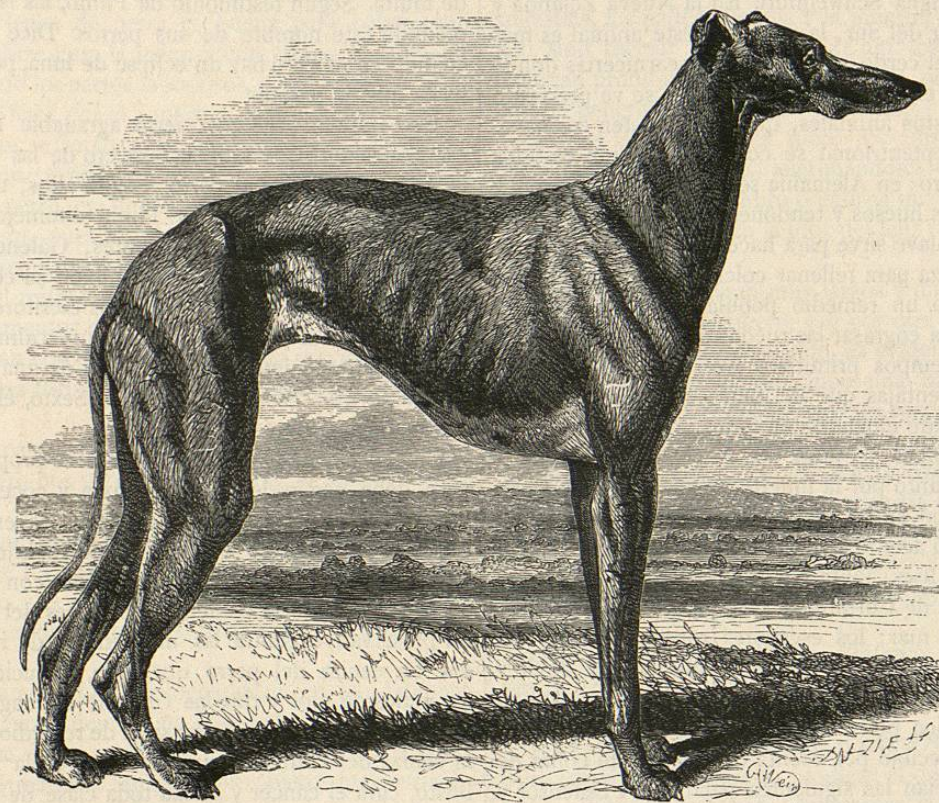


Fig. 188.—EL LEBREL DE GRECIA

»La insapientia, valiéndonos de esta antigua frase de Montaigne, es lo que convendría desterrar; pero ¿cuáles son los medios?

»Por la divulgación de los hechos, y llamando repetidamente la atención del público sobre ellos.

»De este modo se desterrarían las preocupaciones que existen acerca de la rabia. No se creería ya en la *hidrofobia* como síntoma infalible cuya ausencia debe inspirar confianza; causaría inquietud ver á un perro que se agita sin cesar, que ha perdido el apetito, que no ladra del mismo modo, que se muestra en extremo cariñoso con su amo, á la par que extraordinariamente agresivo con los animales de su especie, y que permanece mudo bajo la impresión del dolor que le causan los castigos, etc., etc. Merced á esta enseñanza, los casos de accidentes rábicos disminuirían seguramente. Que cada cual se proteja á sí mismo, adquiriendo el conocimiento de lo que es necesario para su propia conservación; estamos íntimamente convencidos de que este será el mejor, el más eficaz de los profilácticos.»

Puede asegurarse que un individuo está bueno y sano cuando tiene el hocico húmedo y frío; pero si este está seco y ardoroso, si los ojos se le enturbian y desaparece el apetito, deben entonces adoptarse precauciones, porque estos son síntomas de enfermedad. Si no se alivia pronto y no se obtiene resultado eficaz de los medicamentos aplicados por el veterinario, no se pueden abrigar grandes esperanzas de

salvarle; pues son muy pocos los perros que pueden resistir las primeras enfermedades. Las heridas son de fácil y pronta curación; pero no sucede otro tanto respecto de las afecciones internas, las cuales suelen acabar muy en breve con su vida; pues ni aun los médicos más experimentados saben qué tratamiento aplicarlas.

Todos los perros tienen parásitos: las pulgas y los piojos les atormentan de continuo y también las tijeretas y garrapatas en ciertas localidades. Se les quitan las pulgas y piojos extendiendo sobre su cama de paja una capa de ceniza, ó echando polvos de pelitre sobre su piel. En cuanto á las garrapatas, que son lo que más les atormenta, se destruyen fácilmente por medio de fricciones con aguardiente, agua salada ó zumo de tabaco. No deben ser aquellas arrancadas bruscamente; pues quedaría la cabeza dentro de la llaga y se produciría supuración y postema. Más difícil es extraer á los perros la ténia. Casi todos los de caza se ven molestados por este parásito á causa de la frecuencia con que comen la carne y los intestinos de las liebres y conejos, en los cuales vive el gusano en estado de cisticerco. Tanto este como los demás gusanos son muy difíciles de extirpar, si bien el kouso cocido sirve en la mayor parte de los casos para destruirlos. Recomiéndase también dar de comer al perro los frutos del agavanzo con los granos y pelitos que contiene.

USOS Y PRODUCTOS.—USO DOMÉSTICO.—La utilidad que reportamos del perro doméstico es incalculable. Todos

nuestros lectores conocen por experiencia propia los servicios que el mismo presta á los pueblos civilizados. Acaso dispensa aun mayores servicios á las tribus salvajes. Los insulares del mar del Sur, los naturales de la isla de Tonga, los chinos, los groenlandeses, los esquimales y los pieles rojas de la América del norte se alimentan de su carne. «Los negros de la Costa de Oro, dice Bosmann, llevan al mercado carne de perro, la cual prefieren á cualquier otra, y asimismo en Angola se cambia á veces un perro por varios esclavos.» Otro tanto sucede en algunos puntos del interior del África, segun atestigua Schweinfurt. En la Nueva Zelanda y en las islas del mar del Sur, la carne de este animal es mas estimada que la del cerdo, y en China hay carnicerías donde la expendien; pero el que está frente de ellas se ve precisado á defenderse de estos animales, que le acometen en manadas. En el Asia septentrional se cosen ó preparan vestidos con la piel del perro; en Alemania se hacen de esta gorras y manguitos. Con los huesos y tendones se fabrica cola fuerte; la piel delgada y suave sirve para hacer zapatos finos y guantes; el pelo se utiliza para rellenar colchones, y la grasa, que era en otro tiempo un remedio popular contra la tisis, se aprovecha hoy para engrasar las ruedas de los carruajes.

Ya desde los tiempos primitivos fueron en gran manera apreciadas estas ventajas que del perro reportamos, y aun diremos mas, han sido elogiadas en todos los idiomas. Sócrates tenia la costumbre de jurar por el perro; Alejandro el Grande se afligió tanto por la muerte prematura de su perro favorito, que edificó en su honor varios templos y una ciudad; Homero halló acentos conmovedores para cantar á Argos, el perro de Ulises; Plutarco celebra á *Melampithos*, el perro del mercader de Corinto, el cual para seguir á su amo atravesó á nado el mar; los escritores romanos hablan del perro de un ajusticiado, que lanzando aullidos de dolor y aflicción, siguió nadando el cadáver de su amo arrojado al Tíber; *Soter*, el único perro que sobrevivió á los que defendieron á Corinto, recibió por cuenta del Estado un collar de plata en que se leían las siguientes palabras: «Defensor y salvador de Corinto.» Plinio ensalza mucho á los mastines y cuenta de ellos rasgos notables. Nosotros sabemos, v. gr., que los colofonienses, empeñados en continuas guerras, mantenían numerosas manadas de perros, siempre dispuestos al ataque y que nunca rehusaban la lucha. Cuando la expedición de Alejandro Magno á la India, este recibió del rey de Albania un perro de enorme talla, cuyo regalo estimó en mucho: quiso hacerle luchar con osos y jabalíes, pero el animal permaneció tranquilo sin levantarse siquiera, y al ver esto, Alejandro mandó que lo mataran. Cuando el rey de Albania tuvo conocimiento del hecho, envió un segundo perro semejante al anterior, mandando manifestar al monarca que estos animales no luchaban con seres tan débiles, sino con el león y el elefante; que no tenía mas que otros dos individuos parecidos, y que en el caso de que Alejandro hiciera matar al segundo que le remitía, no le sería posible reemplazarlo con otro igual. Alejandro dispuso entonces que este perro luchara con un león y luego con un elefante, los cuales fueron vencidos y muertos por su enemigo. Justino refiere que los reyes Habis y Ciro fueron amamantados por perras. Sería prolijo enumerar los escritores que celebran la fidelidad del perro.

Los espartanos ofrecían un perro al dios de la guerra, y se permitía á los perritos que mamaban comer la carne del sacrificio. Los griegos erigían estatuas á sus perros, por mas que el nombre de este animal fuera para ellos un ultraje. Los antiguos egipcios empleaban los perros para la caza y hacían de ellos gran aprecio, segun puede verse en los bajos relieves de sus monumentos. Segun se desprende de varios

pasajes de la Biblia, los judíos despreciaban al perro, sucediendo casi otro tanto entre los árabes. El perro era tambien tenido en grande estima entre los germanos. Cuando la victoria de los romanos sobre los cimbrios en el año 108 antes de J.-C., los primeros hubieron de sostener una encarnizada pelea con los perros que guardaban los bagajes. Entre los antiguos teutones valia un sabueso doce sueldos, mientras que solo se pagaban seis por un caballo. El que entre los antiguos burgundos robaba un perro de esta especie ó un lebrél, debía besarle públicamente las nalgas ó pagar siete sueldos de multa. Segun testimonio de Plinio, las islas Canarias han recibido este nombre de sus perros. Dice Humboldt, que cuando en el Perú hay un eclipse de luna, pegan á los perros hasta que ha pasado.

USO MEDICO.—Es por cierto agradable leer lo que han escrito los antiguos autores respecto de las virtudes medicinales que atribuyen al perro. Segun ellos, todo este animal es propiamente un remedio: Plinio enumera sus cualidades terapéuticas; Esculapio, Hipócrates, Galeno, Sexto, Faventio, Marelló, Bontio, facilitan tambien su contingente. Si se ha de dar crédito á muchos de estos escritores, un perro vivo echado sobre el pecho de un enfermo calma los dolores de este; abierto y sujeto sobre la cabeza de una mujer melancólica, la cura de todo punto; y, segun Sexto, el mismo remedio combate las enfermedades del bazo.

Cocido y comido, contra la tisis, si se propina al principio; pero debe cogérsele cuando mama y cocerle en vino con mirra. Un perro de caza, jóven, cura las enfermedades del hígado; si una mujer que ha tenido ya hijos queda estéril, desaparece la esterilidad alimentándose con mucha carne de perro cocida; y si se comen los tendones del animal, se tiene un preservativo contra las mordeduras de individuos rabiosos. La ceniza del perro quemado, reducida á polvo, cura los males de ojos y tñe las cejas de un magnífico negro. La carne salada de uno rabioso sirve de remedio contra la rabia; la ceniza del cráneo de un individuo de la especie bien robusto, cura el cáncer y calma toda clase de dolores cuando se bebe con agua; si esta ceniza proviene del cráneo de un perro rabioso, es buena para combatir la ictericia y el dolor de muelas.

Los antiguos empleaban con frecuencia la sangre del perro por creer que era un remedio excelente contra la sarna, y propia para curar los caballos. Tomada en gran dosis, era un contraveneno universal; y si se rociaba con ella una casa, librábanse los inquilinos de toda clase de enfermedades.

La grasa del perro se empleaba para quitar las manchas del cutis y fecundizar las mujeres estériles; mas para esto era preciso cocer el animal entero. La grasa que sobrenadaba servía para hacer una pomada muy eficaz contra la parálisis, con tal que el perro fuese jóven, y esta misma sustancia mezclada con ajeno, curaba la sordera.

El cerebro de este animal, extendido sobre un lienzo, curaba las fracturas de huesos, así como tambien la ceguera; la médula era un remedio contra las fistulas.

El bazo del perro se consideraba como medicamento muy eficaz para las afecciones de dicha parte, y tambien para la asfixia; pero á fin de que produjese todo su efecto, hacíase preciso quitárselo á un perro vivo.

El hígado cocido era bueno para quitar la rabia, mas debia proceder de un individuo del mismo sexo que la persona mordida; empleábanse tambien para combatir la misma enfermedad los gusanos recogidos en el cadáver de un perro rabioso.

La bilis, mezclada con miel, era un excelente colirio y curaba tambien las enfermedades cutáneas; aplicada con

una pluma, en vez de ponerla con la mano, hacia desaparecer la gota.

La piel del animal servía para contener la transpiración de los pies; arrollada tres veces al cuello, preservaba de las anginas, y un cinturón de cuero de perro curaba los cólicos. Envueltos los pelos en un lienzo y aplicados sobre la frente, disminuían los dolores de cabeza, preservaban de la rabia, y la curaban tambien, poniendo dicho lienzo sobre la herida.

Los autores antiguos nos dicen asimismo con mucha formalidad, que la leche de perra es buena para beber; que mezclada con salitre cura la lepra, y con ceniza hace crecer el pelo, facilitando los partos laboriosos, y que la orina de un individuo jóven, hace por el contrario caer el pelo.

Con los dientes se frotaban las encías de los niños para facilitar la dentición: arrojar en la lumbre el canino superior izquierdo de un perro, era un remedio excelente para los males de la dentadura, pues el dolor desaparecía apenas se disipaba el humo; reducido el diente á polvo y mezclado con miel, producía el mismo resultado.

Con los excrementos del animal, que en la antigua farmacopea se conocían con el nombre de *album graecum*, hacíanse emplastos para las fistulas; y curaban tambien las anginas y la disenteria.

Las diversas partes del perro servían además para otros muchos usos; pero nos parece haber dicho lo bastante sobre este particular.

Es de notar que muchos de los remedios que figuran en la farmacopea de los antiguos, se usan hoy día aun entre la gente del campo, y es verdaderamente sensible que la homeopatía no emplee estos excelentes remedios en la proporcion debida.

USO FISIOLÓGICO.—Los fisiólogos hacen en sus laboratorios y para sus experimentos, un gran consumo de perros; y es tal la destreza de los cazadores que facilitan á los sabios los animales destinados á tan plausible objeto, que previniéndoles la vispera, se tiene al día siguiente un centenar de víctimas, elegidas entre los perros errantes de las grandes ciudades, y cuyos sufrimientos deben servir, al menos, para los progresos y adelantamientos científicos.

«El experimento con los animales vivos, dice Mr. Moquin-Taudon (1), principalmente cuando estos animales ocupan cierto lugar en la serie, ha producido siempre un sentimiento en extremo penoso, y de él participan no solo los hombres de mundo, sino tambien los operadores. Hé aquí por qué se practica por lo regular la vivisección en límites bastante reducidos, sometiéndola á formas convenientemente determinadas, al menos en nuestras escuelas. Aun hay mas; es costumbre procurar que los padecimientos duren lo menos posible, suavizándolos por los diversos medios que posee la ciencia, como por ejemplo, por medio del cloroformo, del éter, de los narcóticos, del frío, la compresión, la sección del nervio, etc. Desgraciadamente, en ciertos estudios, como en el de las funciones del sistema nervioso, el dolor mismo es á veces una manifestación, un indicio absolutamente necesario.

«El fisiólogo experimentador, y supérfluo parece insistir sobre este particular, no puede tener el menor interés en hacer sufrir á los animales, excepción hecha de los casos raros que acabamos de señalar. Antes por el contrario, su instinto y la razón aconsejan, y hasta le imponen el deber de hacerles el menor daño posible. En una palabra, la vivisección no ha sido ni será nunca, como se quiere indicar, ni un arte de

recreo, ni un agradable pasatiempo; el naturalista que se dedica á ella, no es un bárbaro, que concede mucho al experimento y lo rehúsa todo á la piedad!

«Lo que sí nos admira es ver á ciertas personas, que enemigas de las operaciones fisiológicas, sin circunstancias atenuantes, aprueban por otra parte sin reserva las corridas de toros, la caza, las luchas de fieras, las riñas de gallos, y en fin, los ejercicios violentos á que se condena públicamente á unos pobres animales! Cada lancetazo que se da en las escuelas es para la ciencia; mientras que en los circos, las heridas, las angustias, los padecimientos y la muerte, no tienen otro objeto sino recrear al público. ¡Hé ahí los espectáculos que deberían prohibirse en todos los países, por lo que en sí tienen de peligrosos, crueles é inmorales!

«En las investigaciones sobre los animales vivos, el fin hace tolerable el medio, legitimándole. Cuando el hábil cirujano amputa un miembro ó extirpa un tumor, le sostiene, le anima y le tranquiliza la idea del feliz resultado que puede obtener.

«Pero si se supusieran muy largos y numerosos los padecimientos de un mamífero, y si por otra parte se redujese á cero el objeto de la vivisección, es evidente que se debería considerar el experimento como una barbarie, y como un verdugo el experimentador; pero no sucede nada de esto.

«Con sentimiento é imaginación se podrán siempre presentar bajo un prisma desfavorable, y con un carácter monstruoso, todas las operaciones practicadas en nuestras mejores escuelas y por nuestros mas célebres profesores.

«Si; es preciso evitar el sufrimiento á los animales, por ligero que sea, sobre todo cuando no hay una necesidad absoluta.

«Matemos un animal, decía Plutarco; pero que sea con sentimiento y conmiseración, no por juego ó por placer, ni con crueldad.»

«Littré ha dicho con mucha razón: «No se debe verter por puro capricho la sangre ni prodigar el dolor: el que interpreta los misterios de la vida, debe tener el espíritu elevado, el alma misericordiosa y las manos inocentes.»

«Por otra parte, los malos tratamientos inferidos á los animales, se castigan en Francia con la ley Grammont, ley concebida por un espíritu generoso, y que mas que un freno útil, es un progreso social. Por un lado protege; por el otro moraliza.

«Los experimentos sobre los animales vivos son indispensables para la fisiología; y esta es una verdad que no admite discusión en serio. Los servicios prestados por las vivisecciones son inmensos; apelamos al testimonio de todos los médicos, cirujanos y naturalistas.

«Las vivisecciones han echado por tierra esas ilusiones absurdas, esos sistemas sin base, esas hipótesis sin nombre, que han reinado sucesivamente y tanto tiempo en la ciencia. «Con frecuencia, dice Haller, un solo experimento ha refutado las suposiciones de los siglos precedentes; y esta manera de proceder, ha sido mas útil para la verdadera fisiología que lo fueron nunca las demás fuentes de instrucción donde va á beber el hombre ávido de ciencia.

«La fisiología experimental positiva ha comunicado á la ciencia de la vida una seguridad á que no estaba acostumbrada; y aunque sus conquistas se cuentan por centenares, no citaremos aquí sino un reducido número. Se le deben los magníficos descubrimientos de Galeno, acerca del uso de los nervios laríngeos; de Harveo sobre la circulación de la sangre; de Lawer, sobre su trasfusión; de Spallanzani, acerca de la respiración; de Tiedemann, Gmelin y Leuret de Lassaigue, sobre la digestión; de Aselli y de Pecquet, sobre los vasos lácteos y el canal torácico; de Haller y de Tandon, sobre la

(1) Presidente de una comisión nombrada por la Academia de medicina para estudiar el asunto.